

3. “Mirad los lirios del campo”: la Creación como manifestación de Dios (Cap. 2 LS).

El universo se desarrolla en Dios, que lo llena todo. Entonces hay mística en una hoja, en un camino, en el rocío, en el rostro del pobre. El ideal no es sólo pasar de lo exterior a lo interior para descubrir la acción de Dios en el alma, sino también llegar a encontrarlo en todas las cosas, como enseñaba san Buenaventura: «La contemplación es tanto más eminente cuanto más siente en sí el hombre el efecto de la divina gracia o también cuanto mejor sabe encontrar a Dios en las criaturas exteriores». (LS 233)

Dios nos invita a mirar la realidad de otra manera. Una realidad no explotadora, no abusiva, sino más receptiva, agradecida y significante. Porque la creación, de una u otra manera, tiene una dimensión sacramental, pues en ella se nos manifiesta el mismo Dios.

En este bloque repasaremos breve y esquemáticamente los aspectos fundamentales de la teología de la creación, junto con algunos de los textos básicos al respecto, y se podrían también trabajar algunas de las actitudes que se recogen en "Cuatro experiencias básicas para una espiritualidad en clave ecológica" (<https://cristianismoyecologia.com/2022/10/07/cuatro-experiencias-basicas-para-una-espiritualidad-en-clave-ecologica/>). Y proponemos hacerlo de forma progresiva en tres momentos, sucesivamente en el caso de trabajo individual o en grupo pequeño, o de forma transversal y distribuida en tres subgrupos en caso de que la dinámica se desarrolle en grupo grande, compartiendo al final en una puesta en común global lo trabajado en los pequeños grupos. Incluso lo que se plantea a continuación podría ser el programa de tres reuniones sucesivas, para darle mayor desarrollo al contenido específicamente cristiano de la ecología integral.

A. “Los cielos cuentan la gloria de Dios, y el firmamento anuncia la obra de sus manos” (Sal 19, 1)

En esta primera fase podemos centrarnos en cómo la Escritura nos invita a entender el carácter simbólico de la creación, tratando de encontrar a su través la presencia de Dios. Aunque siendo de preferencia el lenguaje positivo que usa el salmo al que citamos en el encabezamiento, hay un texto del libro de la Sabiduría que expone ejemplarmente esa conciencia, a pesar de hacerlo en sentido negativo:

La incapacidad natural del hombre se revela en su ignorancia de Dios. Todo lo que admiraron por su valor no los llevó a conocer al Que es. ¡Se quedaron con las obras y no reconocieron al Artesano!

Consideraron como dioses que gobiernan el mundo tanto al fuego como al viento, a la brisa, el firmamento estrellado, el agua impetuosa o las luminarias del cielo. Fascinados por tanta belleza, los consideraron como dioses, pero entonces, ¿no debieron haber sabido que su soberano es todavía más grande? Porque sólo son criaturas del que hace que aparezca toda esa belleza.

Si estaban impresionados por su fuerza y su actividad, debieron haber comprendido que su Creador es más poderoso aún. Porque la grandeza y la belleza de las criaturas dan alguna idea del Que les dio el ser.

Pero, quizás no haya que criticar tanto a esa gente: tal vez se extraviaron cuando buscaban a Dios y querían encontrarlo. Reflexionaban sobre las criaturas que los rodeaban, y lo que veían era tan hermoso que se quedaron con lo exterior.

Pero ni aun así están libres de culpa: si fueron capaces de escudriñar el universo, ¿cómo no descubrieron en primer lugar al que es su Dueño? (Sab 13, 1-9)

Se puede trabajar el texto con las siguientes cuestiones, tanto de forma individual como en grupo:

1. ¿Cuál es la enseñanza fundamental de este fragmento del libro de la Sabiduría?
2. ¿Te has planteado alguna vez, o has tenido experiencia, de la presencia de Dios en el entorno natural? ¿Cómo se te presenta la pregunta?
3. ¿Cuál es la dificultad que dificulta al ser humano abrirse al Creador a través de la contemplación de la naturaleza?

Una vez realizada / compartida esta reflexión, y si contamos con tiempo suficiente, podemos enriquecerla con una de las dos siguientes propuestas, para plantearnos si Francisco de Asís y/o Juan de la Cruz consiguen dar ese salto de la creación al Creador.

San Francisco de Asís: Cántico de las Criaturas

Cuentan que cuando Francisco de Asís paseaba por el campo mandaba callar cariñosamente a las flores diciéndolas “callad, callad, no me habléis tanto de Dios”. No es de extrañar, por tanto, que llegara a alabar a Dios a través de las criaturas:

*Alabado seas, mi Señor,
en todas tus criaturas,
especialmente en el Señor hermano sol,
por quien nos das el día y nos iluminas.
Y es bello y radiante con gran esplendor,
de ti, Altísimo, lleva significación.*

*Alabado seas, mi Señor,
por la hermana luna y las estrellas,
en el cielo las formaste claras y preciosas y bellas.*

*Alabado seas, mi Señor, por el hermano viento
y por el aire y la nube y el cielo sereno y todo tiempo,
por todos ellos a tus criaturas das sustento.*

*Alabado seas, mi Señor, por el hermano fuego,
por el cual iluminas la noche,
y es bello y alegre y vigoroso y fuerte.*

*Alabado seas, mi Señor,
por la hermana nuestra madre tierra,
la cual nos sostiene y gobierna
y produce diversos frutos con coloridas flores y hierbas.*

El trabajo podría realizarse invitando a que cada participante añadiera su propia alabanza a Dios, a partir de una realidad creada o vivida que fuese signo para él/ella de la presencia de Dios.

San Juan de la Cruz, Cántico Espiritual, 1-5

Los místicos han tenido en muchos momentos la habilidad de expresar muy bellamente la experiencia de fe. Y en este caso hay un texto de San Juan de la Cruz, que mencionamos en el encabezamiento de este apartado, que expresa magníficamente la dimensión sacramental de la realidad; en él podemos apreciar como el alma, en la figura de la esposa, busca ansiosamente al amado (Dios) y pregunta por su presencia a los elementos de la naturaleza, que finalmente le dan respuesta. Se trata de las cinco primeras estrofas del Cántico Espiritual.

El texto es tan bello y expresivo que planteamos trabajar sólo con él, leyendo el texto, tratando de comprenderlo en todo su significado (¿qué significa, en concreto, el último

verso: “vestidos los dejó de hermosura”?), e intentando una declamación sentida de dicho texto; en caso de trabajar en subgrupos dentro de un grupo grande, trabajar a fondo esa declamación, a ser posible con la participación de todos los miembros del subgrupo, para que la propia declamación, en la puesta en común, sea la que transmita la reflexión realizada.

Facilitamos aquí el texto a trabajar¹:

Esposa:

*¿Adónde te escondiste,
amado, y me dejaste con gemido?
Como el ciervo huiste,
habiéndome herido;
salí tras ti, clamando, y eras ido.*

*Pastores, los que fuerdes
allá, por las majadas, al otero,
si por ventura vierdes
aquél que yo más quiero,
decidle que adolezco, peno y muero.*

*Buscando mis amores,
iré por esos montes y riberas;
ni cogeré las flores,
ni temeré las fieras,
y pasaré los fuertes y fronteras.*

(Pregunta a las Criaturas)

*¡Oh bosques y espesuras,
plantadas por la mano del amado!
¡Oh prado de verduras,
de flores esmaltado,
decid si por vosotros ha pasado!*

¹ (También servirían las estrofas 14 y 15, aunque más expositivas y con menos tensión dramática:

*Mi Amado: las montañas, / los valles solitarios nemorosos, / las ínsulas extrañas, / los ríos sonorosos, / el silbo de los aires amorosos, /
la noche sosegada / en par de los levantes del aurora, / la música callada, / la soledad sonora, / la cena que recrea y enamora.)*

(Respuesta de las Criaturas)

*Mil gracias derramando,
pasó por estos sotos con presura,
y yéndolos mirando,
con sola su figura
vestidos los dejó de hermosura.*

B. “Mirad los lirios del campo...”

¡Cuántas horas dedicaría Jesús a contemplar la naturaleza! Porque evidencia de que oraba en entorno natural hay abundante en los evangelios, incluso cuando la muerte se acercaba... No es difícil pensar en la posibilidad de que las criaturas creadas pudieran tener un hueco en su oración, y que de esa experiencia surgiera la invitación a contemplar esas criaturas: “Mirad los lirios del campo” (Mt 6, 28). Porque incluso desde su humildad creatural, los lirios del campo contienen una enseñanza para nosotros/as: “les digo que ni siquiera Salomón, con todo su esplendor, se vestía como uno de ellos” (Mt 6, 29).

Proponemos responder a la invitación de Jesús con un ejercicio de contemplación “sapiencial” al estilo de la contenida en el texto que acabamos de comentar. Y lo haremos dividido en dos fases diferentes:

- por un lado, repartiremos sobre una mesa imágenes de plantas o animales propios del entorno en el que viven los miembros del grupo que estén trabajando el tema, de forma que cada uno coja aquél por el que se sienta más atraído (o más identificado) y, después de contemplarlo detenidamente unos minutos, fijándose hasta en el mas mínimo detalle que se pueda apreciar, pueda leer en la parte posterior de la imagen una especie de “ficha pedagógica” sobre la especie elegida
- en un segundo momento, a partir de lo percibido y de lo aprendido, cada participante tratará de obtener o adecuar una “enseñanza” vital de la creatura que ha elegido.

Finalmente, se podrá realizar una puesta en común de lo experimentado y aprendido durante esta experiencia. Dicha puesta en común puede realizarse mediante expresión libre de cada participante, o bien, de una forma más estandarizada, componiendo cada uno una frase invitatoria para el resto del grupo del estilo “Mirad porque” (siguiendo el ejemplo de la cita de Jesús que motiva esta sección: “Mirad los lirios del campo”, porque “no trabajan ni hilan, y aun así ni el mismo Salomón, con toda su gloria, se vistió como uno de ellos”).

Para facilitar el trabajo, se puede contar con las imágenes y la información recopilada sobre las plantas del entorno urbano del barrio de Las Rosas, en Madrid, con las que la parroquia del lugar participó en la celebración del Tiempo de la Creación del año 2020, a las que se puede acceder en la dirección web http://parroquiarosas.org/web/files/BIODIV_Las_Rosas_peq.pdf.

C. “Vió, se acercó y se compadeció” (Lc 10, 25-37). Una mirada contemplativa / compasiva sobre el ser humano

1. Acercamiento contemplativo a la realidad del otro

La relación con el hermano, sobre todo con el hermano necesitado, tiene una tradición constante de reconocimiento en el cristianismo: la tradición bíblica, los profetas, el mismo Jesucristo, los apóstoles y la tradición viva de la Iglesia han llamado la atención sobre la necesidad de atender y cuidar al hermano, de construir la relación con él, de alcanzar la fraternidad como signo del Reino de Dios... El tema es tan evidente que normalmente nos lleva a “comernos el tarro”, en oración o fuera de ella, sobre lo que tendríamos (o no) que hacer por otros. En ese sentido, lo que planteamos en esta ocasión es “otra cosa”, es trabajar la capacidad contemplativa en torno al otro. Y lo haremos a partir de un detalle de uno de los textos estrella del amor al prójimo: la parábola del buen samaritano.

Bajaba un hombre de Jerusalén a Jericó y cayó en manos de unos ladrones. Le quitaron la ropa, lo golpearon y se fueron, dejándolo medio muerto. Resulta que viajaba por el mismo camino un sacerdote quien, al verlo, se desvió y siguió de largo. Así también llegó a aquel lugar un levita y al verlo, se desvió y siguió de largo. Pero un samaritano que iba de viaje llegó adonde estaba el hombre y viéndolo, se compadeció de él. Se acercó, le curó las heridas con vino y aceite, y se las vendó. Luego lo montó sobre su propia cabalgadura, lo llevó a un alojamiento y lo cuidó... (Lc 10, 30-34)

Hay una diferencia radical en la actitud de los hombres que pasan por el camino: de la indiferencia y el pasar de largo de los hombres de templo al “se acercó, lo vió y se compadeció” del samaritano, que transforma por completo la actitud de este último. ¿Cuántas veces nos acercamos y miramos al otro a la cara, sea un hermano en necesidad o un amigo o familiar próximo? ¿Cuántas veces nos permitimos esa cercanía vital con el otro?

Cuando Dios creó al hombre en el segundo relato de la creación, y tras ofrecerle un entorno, alimento y compañía con el resto de seres vivos, pensó: “Pero no es bueno que el hombre esté solo”... Hay algo en la compañía de otro ser humano que no puede ser suplido por ninguna otra realidad. Después del regalo de la vida, Dios nos regaló “la compañía”, “el otro”.

Cada ser humano es un “otro”: otro yo, otro como yo, otro que siente y que padece y que se alegra y que teme... como yo. Alguien en quien me puedo ver reflejado... aunque no completamente. Alguien que me puede comprender (y a quien yo puedo comprender), que me puede entender, que puede vivir por dentro cosas parecidas a las que yo vivo por dentro. Alguien, al fin y al cabo, que rompe mi soledad. Alguien que me reclama desde su necesidad, y a quien reclama la mía...

Dios nos regaló la vida, y luego nos regaló al otro. Pero con frecuencia nos olvidamos de que es, precisamente, otro. Que es también un yo, pero no es como yo, ni tiene la obligación de serlo. Que no tiene por qué reflejar lo mismo que yo, pero que refleja cosas que yo misma no imaginaría. Que también tiene su perspectiva del mundo, como yo, pero que no tiene por qué coincidir con la mía, porque está colocada en un lugar diferente al mío. El otro rompe mi soledad, pero también rompe mi egocentrismo. No soy el centro del universo, no lo he sido nunca: pero ahora hay quién me lo recuerda a cada momento.

Proponemos un ejercicio práctico de contemplación del otro: mi pareja o amigo/a, alguno/a de mis hijos/as, alguien cercano... o alguien lejano, alguien que sólo conozco de oídas: un ucraniano – ruso – palestino – israelí que sufre la guerra; un subsahariano que busca un futuro mejor y está esperando una patera, mirando en soledad el mar... Otra variante de este ejercicio es facilitar un juego de fotografías de personas, para que cada miembro del grupo elija una de ellas con la que realizar el ejercicio que pasamos a exponer. En cualquier caso, dedicadle a la persona elegida unos diez minutos.

Para eso, tratando de sosegar los pensamientos, relajar la incertidumbre mental y potenciar el corazón, podéis comenzar con un pequeño ejercicio de respiración consciente y luego traer ante vosotros a esa persona a la que queréis contemplar, a la que queréis mirar, con la que queréis sintonizar. Y percibiéndola en vosotras, delante de vosotras, id notando (que no pensando) qué sensaciones os produce, qué os aporta, en qué os interroga, qué siente, qué vive... Puede que le podáis ver la cara, o que le sigáis en alguna de sus actividades... Cuando hayáis estado "mirando" a ese otro varios minutos, le saludáis reverentemente (por ejemplo: juntando las manos y agachando la cabeza) y le dejáis ir, agradeciéndole su visita. Si durante el ejercicio aparecen pensamientos que os despistan, los miráis compasivamente y los dejáis ir tranquilamente. No son el objeto de vuestra atención.

Cuando terminéis con todo ello, podéis ya hacer un poco recuento de la experiencia: qué habéis sentido, qué habéis descubierto, qué os ha aportado, qué os ha enseñado de Dios. Y entonces, con este camino recorrido, se procede a la lectura en voz alta del texto evangélico del juicio final:

Cuando el Hijo del hombre venga en su gloria acompañado de todos sus ángeles, entonces se sentará en su trono de gloria. Serán congregadas delante de él todas las naciones, y él separará a los unos de los otros, como el pastor separa las ovejas de los cabritos. Pondrá las ovejas a su derecha, y los cabritos a su izquierda.

Entonces dirá el Rey a los de su derecha: "Venid, benditos de mi Padre, recibid la herencia del Reino preparado para vosotros desde la creación del mundo. Porque tuve hambre, y me disteis de comer; tuve sed, y me disteis de beber; era forastero, y me acogisteis; estaba desnudo, y me vestisteis; enfermo, y me visitasteis; en la cárcel, y vinisteis a verme." Entonces los justos le

responderán: "Señor, ¿cuándo te vimos hambriento, y te dimos de comer; o sediento, y te dimos de beber? ¿Cuándo te vimos forastero, y te acogimos; o desnudo, y te vestimos? ¿Cuándo te vimos enfermo o en la cárcel, y fuimos a verte?" Y el Rey les dirá: "En verdad os digo que cuanto hicisteis a unos de estos hermanos míos más pequeños, a mí me lo hicisteis."

Entonces dirá también a los de su izquierda: "Apartaos de mí, malditos, al fuego eterno preparado para el Diablo y sus ángeles. Porque tuve hambre, y no me disteis de comer; tuve sed, y no me disteis de beber; era forastero, y no me acogisteis; estaba desnudo, y no me vestisteis; enfermo y en la cárcel, y no me visitasteis." Entonces dirán también éstos: "Señor, ¿cuándo te vimos hambriento o sediento o forastero o desnudo o enfermo o en la cárcel, y no te asistimos?" Y él entonces les responderá: "En verdad os digo que cuanto dejasteis de hacer con uno de estos más pequeños, también conmigo dejasteis de hacerlo."

E irán éstos a un castigo eterno, y los justos a una vida eterna. Mt 25, 31-46

Acercamiento reflexivo a la parábola

Otra forma de trabajar esta apertura desde la creación a la presencia del otro es trabajar de forma reflexiva con la parábola, como a buen seguro habremos hecho tantas otras veces. Aquí hay un guión para ello.

Si queremos ampliar la mirada hacia "el otro, el prójimo" que nos propone Jesús, acudimos al inicio de la parábola. Jesús habla de amar al prójimo y un jurista le pregunta para ponerlo a prueba: "¿Quién es mi prójimo?". Es decir, el jurista está preguntando: "¿A quién debo ayudar y a quién no?, ¿Quién es objeto de amor?, ¿Cuál es el alcance, el límite del amor?". Jesús cambia totalmente el sentido de la pregunta trampa y propone otra pregunta más activa, más comprometida, más personal: ¿De quién eres tú prójimo?, ¿Qué tipo de ayuda das a los que te rodean? ¿Qué necesitan de ti los demás? ¿Quién espera ayuda de ti? En resumen parece que Jesús nos está indicando que no se debe preguntar "quién es mi prójimo" porque tú eres el prójimo de todo aquel que necesita algo. También hay una intencionalidad sobre la universalidad del amor. El amor no mira de etnias, nacionalidades, colores de piel, sexo, género, clase sociales, ideologías. Si ponemos barreras o exclusiones en nuestro amor, no es amor verdadero tal como propone el Maestro. En conclusión:

- ¿A quién se debe amar y a quién no se debe amar? ¿Existen personas o colectivos que deben ser excluidos de nuestro amor?
- ¿Cuánto se debe amar a ciertas personas? ¿Hasta dónde tengo que llegar?
- ¿Este amor también incluye la naturaleza, los animales, las plantas, la Tierra, el cosmos?

Se puede dejar espacio para comentar y responder desde la perspectiva de lo que Jesús propone en la parábola.

Puesta en común y oración final

Después de unos momentos de oración y resonancia personal en torno a cualquiera de los dos esquemas propuestos, se puede proceder a la puesta en común de lo contemplado durante el ejercicio, y a un cierre con una oración espontánea compartida, que puede concluir con un Padre Nuestro.

Para el Padre Nuestro de cierre, proponemos la siguiente dinámica, que trabajaría sobre la cuádruple apertura propuesta por el papa Francisco en Laudato si: a Dios, a la creación, a los hermanos, a mí mismo.

1. Nos ponemos de pie en círculo, procurando que haya una cierta distancia entre un@s y otr@s, de forma que al extender los brazos en horizontal nos toquemos entre nosotr@s. Y nos hacemos conscientes de cómo nuestros pies no sólo soportan nuestro peso, sino que nos ponen en contacto con la tierra, con la madre tierra que soporta nuestra vida y nos da cobijo. Damos gracias por ello
2. Levantamos la cabeza un poco hacia el cielo/techo, porque somos conscientes de que nuestra vida, bien asentada en la tierra, está abierta no obstante a lo que va más allá de ella, a la trascendencia, a la presencia amorosa de Dios, principio de vida. Damos también gracias por ello.
3. Extendemos los brazos en horizontal y tocamos así los brazos de quienes están a nuestro lado. Somos parte de una red de vida en la que contamos con hermanos y hermanas que nos acompañan, que nos apoyan y que, también, nos necesitan. Damos igualmente gracias por ello
4. Finalmente, conscientes de todo lo anterior, nos centramos en nuestro pecho y nos damos cuenta de que muchas veces no nos atendemos a nosotros mismos, nosotras mismas. Agradecemos esta toma de conciencia y ya, juntos, oramos a Dios Padre: Padre nuestro, que estás en el cielo...